

PASCUA MILITAR DE 1953 EN EL PALACIO DE EL PARDO

Discurso del Ministro del Ejército

Mi General:

Otra vez me ha correspondido el altísimo honor de venir en el día de la Pascua Militar a testimoniaros, en nombre de los tres Ejércitos, la lealtad inquebrantable de cuantos tienen la dicha de vestir el glorioso uniforme militar; glorioso no por lo que nosotros hicimos, pero sí por lo que hicieron los que nos precedieron y aquellos que dieron vida a esta España, que no debe ni puede morir y que nosotros tenemos el deber de honorizar con nuestra conducta y nuestro entusiasmo.

Cuando España estuvo a punto de haber realizado su sueño de justicia y de bienestar, es muy lamentable, pero es muy natural también, que sus enemigos seculares trataran por todos los medios de impedirlo, fomentando la eterna discordia entre los españoles con sus insidias, que tanto éxito tuvieron en tiempos con gravísimo daño para nuestra Patria.

Frente a esta obra criminal e insidiosa, nosotros os ofrecemos este Ejército firme y unido como una roca, sin más preocupación que la de vivir en paz, que la concordia reine entre todos los españoles y cumplir con nuestro deber, que no es otro que el de defender a todo trance este bendito pedazo de tierra que la Providencia puso en nuestras manos, y que formado por arenales y peñas, crestas y barrancos, sin la fertilidad con que contaron otros países, y casi agotada por ahora su riqueza minera, tiene, en cambio, gracias a Dios, el tesoro de unos hombres duros, capaces con su fe y virtudes de remover y trabajar las tierras para que den pan para nuestro pueblo, armas para sus hombres valientes y hasta jardines para sus santas mujeres. Todo ha de ser, lo sabemos, por medio de mucho sudor, que son precisamente estos sudores santificados por la sangre de tantos héroes. Esto es todo lo que pueden hacer y que hoy, en el día de nuestra Pascua Militar, os ofrecemos.

DISCURSO DEL CAUDILLO

Señores:

En este día de la Pascua Militar en que las tres ramas de esta gran familia se reúnen para testimoniar la lealtad y solidaridad de sus miembros, me traéis con el calor de vuestro afecto la honda satisfacción de poder estar un rato entre mis compañeros de armas. No en vano por vocación elegí esta carrera para seguir con vosotros las grandes batallas de la vida.

La Pascua Militar, con estas expresiones de afecto y de lealtad mutua, nos trae también el recuerdo de los que fueron, de los que dejamos en el camino, compañeros preclaros, hombres gloriosos de nuestras campañas, al paso que generaciones nuevas vienen con entusiasmo a llenar los huecos de los que cayeron y emular sus virtudes; pero por encima de esta inquietud y dolores, podemos sentir la satisfacción de los deberes cumplidos, la emoción íntima de sentir el calor de esta gran familia que componemos los militares, unidos y enraizados por las vicisitudes y los sacrificios que juntos pasamos en el puesto de vanguardia de la Patria que voluntariamente elegimos al entregarnos a la vida militar.

Nos ha tocado vivir una etapa muy difícil de la vida de España. No se vence la inercia de una nación y se sale de su situación de decaimiento sin un esfuerzo grande de sus hijos. Y ésta ha sido la tarea que ha correspondido a nuestra generación. Hemos tenido que romper con el pesimismo de España, con la división y la decadencia que, como muy bien nos recordaba el General Muñoz Grandes, no fué originada por una declinación de valores de nuestro pueblo, que en todos los momentos graves de la Patria, en todas las crisis, demostrara su fortaleza y alto espíritu, sino por aquella fórmula maléfica de españoles contra españoles, diabólicamente concebida en naciones rivales, que, explotando pasiones y diferencias, fué el arma que escindió a nuestra nación y precipitó su ruina, llegándose a la triste situación de que quien un día poseyó extensiones vastísimas con las mejores tierras del planeta, regiones riquísimas en veneros minerales y petrolíficos, que tantas naciones nos envidiaban, lo perdiese todo bajo el signo político que presidió aquellas disidencias y luchas civiles que, labrando nuestra decadencia, redujeron notablemente nuestro solar.

Si recordamos en esta hora la dolorosa amputación que España sufrió por la prematura separación de aquellos pueblos, tan unidos a nosotros por lazos de fe, de historia y de sangre, es precisamente para que aprovechemos las duras y dolorosas lecciones de la Historia y jamás olvidemos a lo que pueden conducir las banderías y disidencias entre españoles y los partidismos e intrigas fomentados por los extraños.

Si por poblar y fecundar tantos territorios dejamos nuestro propio solar abandonado y exhausto, no por ello podemos aceptar ese concepto tan difundido de poseer una Patria pobre o miserable. Si la naturaleza no se presenta a primera vista en nuestra nación pródiga, si el clima es duro y el terreno áspero, puede, sin embargo, con el esfuerzo y el trabajo de sus hijos convertirse en rica y fecunda. Nuestras riquezas minerales no están terminadas. Se agotaron los veneros fáciles, los que afloraban a la superficie, los que explotaron ya los romanos y siguieron extrayendo españoles y extranjeros durante tantos siglos; pero, sin embargo, es muchísimo lo que todavía encierran las entrañas de nuestras zonas mineralizadas, las riquezas que se ocultan tras la aspereza de nuestros montes. Lo está demostrando nuestro Movimiento al poner en investigación y producción nuevas minas y fuentes de riqueza, tras estudiar y comprobar la geología de nuestros territorios.

Si nuestros ríos son accidentados y sus aguas torrenciales, esta misma circunstancia les convierte en aptos para, dominando la Naturaleza con grandes obras de ingeniería, retener el agua, multiplicar la energía, dominar los valles e irrigar sus vegas, convirtiendo en pródigas las tierras un día secas y áridas. Con nuestra voluntad y nuestro trabajo podemos transformar la vida toda de España a través de la industrialización, y lograr, como otros pueblos laboriosos de Europa consiguieron, que no habiendo recibido de la Naturaleza los dones que las naciones ricas, a fuerza de esfuerzos y constancia, han logrado convertir un solar pobre en una Patria rica.

Este es el esfuerzo ingente que España viene desarrollando con tanto sacrificio, en cuya vanguardia va el de vosotros los militares, que tantas muestras dais un día tras otro de renunciamentos y de austeridad; pero que en el Estado y en su Gobierno está el evitar que vayan más allá de los límites humanos y alcancen a las familias, a las que los gobernantes tenemos obligación de ayudar y aliviar en proporción a los medios de la nación. Si hasta ahora, en esta Patria arruinada y semidestruida que nuestros enemigos nos abandonaron, hemos atendido a sus más urgentes necesidades de todos los buenos servidores del Estado, yo confío y tengo la fe y optimismo que todo gobernante debe tener en que la mejora económica que ya apreciamos en



la vida de la nación será muy pronto una realidad tangible, que nos permitirá, al compás que satisfacemos todas las necesidades de la Patria en orden a la resolución de sus grandes problemas, el atender aquellos otros más íntimos de tantos hogares.

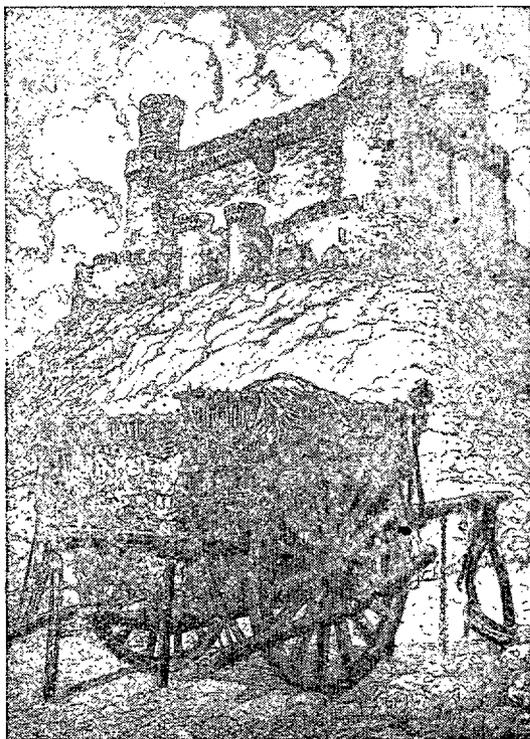
Es característico de nuestro tiempo el vivir una época de transición entre una era que muere y otra nueva que nace. Lo mismo nos ocurre en el campo militar. Una transformación hondísima se ha producido en el concepto de los viejos Ejércitos y en sus necesidades. De aquellas organizaciones bélicas relativamente reducidas, compuestas en gran parte por voluntarios, cuyas necesidades podían satisfacerse incluso con economías débiles y modestas industrias, se pasó a estos tiempos en que los Ejércitos comprenden a la nación entera en armas, con su ciencia, su industria y sus investigadores, con toda su producción y economía movilizadas, en que ningún sector o elemento de la nación puede escapar al esfuerzo de la guerra; sin embargo, este ensanchamiento que alcanza a la vida militar, no altera los conceptos fundamentales de la vieja familia, que sigue siendo la misma, la que un día tras otro vigila y cuida de que la Patria no se pierda y que al recibir en su seno a las distintas promociones de la juventud les imprime su espíritu y celo por los intereses patrios, aquellas virtudes castrenses de nuestras Ordenanzas, siempre vivas y lozanas, que al paso de los distintos reemplazos de soldados se imprimen a toda la nación.

De cómo se ha cuidado del espíritu y de la formación de nuestros hombres, lo tenéis bien patente en los reclutas que llegan al servicio. Hacía siglos que España no ofrecía en su juventud una floración mayor de valores y virtudes. Hemos cuidado de la formación de nuestros Oficiales en las Academias y Campamentos universitarios, de la reforma y transformación de nuestros cuadros, de la educación de los Estados Mayores, de la preparación de Generales y Jefes para los Mandos superiores. También hemos realizado esfuerzos inauditos por mejorar la dotación y el armamento de nuestras Unidades en la medida que nuestra industria ha permitido y las compras en el Extranjero fueron posibles. Sin embargo, las necesidades en materiales especiales de las guerras modernas, son muy superiores a lo que las naciones medianamente industrializadas pueden satisfacer. Por eso, el camino nuestro ha sido y tiene que ser muy duro y penoso para que nuestros Ejércitos lleguen a estar debidamente dotados.

Se creía antiguamente que la preparación de una nación para la guerra estaba en desacuerdo o en divorcio con la marcha económica de la nación. Hoy no se puede sostener la tesis, ya que en muchos aspectos la preparación de una nación va precedida de la económica e industrial, la que es en sí misma base para su progreso general.

Esta viene siendo nuestra gran tarea en esta etapa, que al compás que hemos ido fortaleciendo el cuerpo militar, formando sus Oficiales, instruyendo sus Clases, atendiendo a sus necesidades inmediatas y futuras, hemos entablado la batalla económica y la batalla industrial de la nación, gracias a Dios bastante avanzada y que nos ha de permitir en plazo no lejano el que podamos ver satisfechas con material y medios españoles las mayores necesidades de nuestros Ejércitos.

Alguien podrá argüir, naturalmente, que en las guerras modernas ya no son dos naciones, sino grandes conflagraciones de suma de Estados las que se enfrentan, en las que los más poderosos tienen la obligación de ayudar y dotar a los sumandos más débiles. Todo esto es verdad, pero no pasa de ser una solución de urgencia, ya que siempre ayudas y favores crean dependencias y servidumbres, cuando no hipotecas enojosas que las naciones deben en lo posible evitar.



En este sentido, no es un secreto para nadie que ante las nubes y peligros que en el horizonte europeo amenazan a todas las naciones del Occidente y a nuestra común civilización, hemos aceptado entablar relación o inteligencia con los Estados Unidos de América, que, como nadie ignora, han pedido a España abrir negociaciones con vistas a una posible colaboración de bases ante la posibilidad de una emergencia. Hemos de reconocer que si en este orden las relaciones vienen marchando favorablemente, lo hacen con una lentitud y parsimonia completamente en contradicción con el interés de las dos naciones y la situación general europea, aunque nosotros tengamos la conciencia tranquila de haber sido claros y terminantes desde el primer momento de las negociaciones, en las que España expuso de una manera clara y diáfana su posición a este respecto, y que bien justa y razonable ha parecido a todos. Nada pedimos que no sea justo e indispensable y esté dentro de las normas con que han sido tratadas otras naciones.

Si examinamos nuestra situación frente a la amenaza que Europa y todo el Occidente sufre, dos casos habríamos de considerar: el de que la organización que en el Occidente las naciones del Pacto del Atlántico preparan alcanzase la eficacia deseada, en cuyo caso, alejándose de España los peligros, se vería relevada de toda clase de sacrificios, o el de que aquella organización pueda ser insuficiente y hayamos de prevenirnos ante toda eventualidad. A ninguna inteligencia seria se oculta que, por grandes que sean los deseos y aspiraciones que las naciones miembros de la NATO tengan, la situación de Europa no nos permite tener el optimismo de que la organización que se prepara garantice en todas las situaciones nuestra propia seguridad. No podemos descartar la posibilidad de que un día pudiera llegar el adversario a nuestras fronteras y necesitar la movilización de todos nuestros medios para deshacer su agresión; sin que podamos tampoco olvidar que la agresión aérea en todo caso puede ser inmediata y no reconoce fronteras ni límites.

Todo esto nos ha llevado a aceptar las negociaciones con los Estados Unidos, dentro de los principios de nuestra soberanía incuestionable, buscando una íntima colaboración que permitiese, en caso de emergencia, la utilización conjunta de nuestras bases, satisfaciéndose por parte americana las necesidades más apremiantes en material para nuestra defensa, en forma que a la organización y preparación de nuestras bases vaya paralela la preparación y mejora del armamento de nuestros Ejércitos.

La situación se ofrece para nosotros los militares tan clara, que no se comprenden las dilaciones y retrasos que puedan sufrirse en atenderla: una fuerte situación militar en la Península Ibérica, como la que nosotros pronosticamos y que pronto se podía alcanzar, cohibiría por sí misma y desde el primer momento las traiciones en la retaguardia del frente europeo, al saberse seguramente aplastadas entre dos fuegos. Siendo esto de tanto interés para los otros, no pueden explicarse las intrigas suicidas o sectarias de los que desde fuera pretenden estorbar la negociación, ni que a esta hora persistan los imponderables a que antes se refería el Ministro del Ejército.

Como la solución perfecta no está en nuestra mano, frente a toda eventualidad, debemos continuar multiplicando nuestros esfuerzos para proseguir en la mejora de nuestros armamentos y la atención de nuestras necesidades. Gracias a Dios, hemos demostrado en la Historia muchas veces que somos de los que, cualesquiera que sean los medios, sabemos hacer la guerra. Por eso, si una fuerza superior retrasase nuestra preparación, no debemos inquietarnos. Nuestra situación geográfica es tan importante y nuestra razón y fortaleza de espíritu tan grandes, que, llegado el caso, no dudamos lloverán sobre España los medios que hoy pudieran regateársele, al no quedar entonces en Europa otra fortaleza que la de nuestros pechos.

Por todo ello, con la conciencia tranquila de haber hecho todo lo posible por la mejora de nuestro Ejército y la preparación de nuestra nación, podemos disfrutar de nuestra Pascua Militar y de nuestras festividades, mirando tranquilos el porvenir, seguros de nosotros mismos y de la ayuda de Dios, que tan pródiga viene mostrándose con nuestra querida Patria.

Llebad en este día a vuestros subordinados y vuestras familias mis mejores votos de felicidad y mi inquietud constante por hacertes la Patria más grande y generosa.

¡Arriba España!